

como los de Babel, el rechenido de los carros de cable, el retumbo de los carros eléctricos que descenden á lo largo de sus hilos con trepitaciones y con chispas, el ascenso vertiginoso de los elevadores en las fábricas de veinte pisos, los inmensos sembrados de trigo en el Oeste, sus haciendas, sus minas, sus colosales rastros, en fin, el formidable trabajo de ese país de luchas y de esfuerzo, y todo su trabajo, he allí lo que ha hecho posible á esta mujer, á esta orquídea viva, obra maestra inesperada de esta civilización.

Y aun el mismo pintor no le ha dedicado el tesoro de su trabajo encarnizado? Para hacerse capaz de pintar esa tela debió asimilarse algo de la fogosidad de los maestros españoles, sorprender la delicadeza de los grandes italianos, conocer y practicar las curiosidades de impresionismo, soñar ante los *iconos* de las basílicas de Rávena, y leer, y pensar: Sí, cuánta cultura, cuánta reflexión se necesita para penetrar hasta el fondo más íntimo de su propia raza! Ha expresado uno de los caracteres más esenciales de esta raza, la divinización de la mujer considerada, no ya como una Beatriz, tal cual pasa en Florencia; no ya como una enigma, como se la supone en Milán; sino como una gloria soberana de la energía nacional. Puede esta mujer no ser amada. Ella no tiene necesidad de que se le ame. No es ni á la voluptuosidad ni á la ternura á quienes simboliza. Es un objeto de arte vivo, una sabia y postrera composición humana que testifica que el yankee, ese desesperado de ayer, ese vencido del viejo mundo, ha sabido sacar de ese universo silvestre donde ha sido arrojado por la suerte, una civilización nueva encarnada en esta mujer, que es su lujo y su orgullo. Todo se ilumina con esta civilización á la mirada de esos ojos profundos en

los que el pintor ha sabido poner todo el Idealismo de ese país sin Ideal, lo que puede ser que sea su pérdida, pero que hasta ahora es su grandeza: la fé absoluta, única, sistemática é indomable en la *voluntad*.

---

 V

## BANQUEROS Y PANORAMAS

### DE NEGOCIACIONES

En América, como en todas partes, está el hombre detrás de ese universo femenino y él es quien sostiene la independencia de éste y aun su iniciativa. Pero existe un rasgo característico de esta civilización; el hombre de aquí pertenece á una sola categoría. En Estados Unidos no hay nobleza, no hay burguesía de hacendados, casi no hay empleados, no hay cuerpo diplomático, hay un mínimum de administración, la sociedad, en los dos sentidos de esta palabra es propiedad del hombre de negocios, clase inmensa que se extiende desde el posadero hasta el hombre político, éste consumiendo en montar su hotel ochocientos mil dollars y aquel mezclándose en su propia elección, en votar y desechar una ley con procedimientos de empresario. Hoy día, el hombre de negocios ha regimentado bajo sus órdenes y hecho entrar al torbellino de su actividad á la población rural que en otros países está tan separada de él. La extensión del territorio y los transportes por vía férrea de animales y de trigo en inmensas cantidades,

la han sometido á las compañías de toda clase, que han "emprendido" también la alimentación de toda la América.

Una de las pruebas más significativas de este estado particular es la desaparición cotidiana de la Nueva Inglaterra, personajes tan locales, tan agradables, y cuyas costumbres sencillas y reales han servido como objeto inagotable de estudio á tantos novelistas hombres y mujeres. Incapacitados para poder luchar, por su acción aislada é individual, contra la gran concurrencia del Oeste, estos criadores emigran hacia la pradera y diariamente se ve en los diarios el anuncio de venta de sus modestas propiedades, con referencias tales como ésta, que transcribo sin cambiarle nada.

— "S\*\*\* Massachusettes—vende una quinta de sesenta acres; siega, ocho acres; pastos, diez y ocho; selva, treinta y cuatro; tierra de labor, doce. Casi todos los pastos pueden cortarse con máquina. Tiene un piso, cinco piezas que necesitan algunas reparaciones. Corral en buen estado. Agua de pozo muy buena junto á la casa y agua corriente detrás del corral. Veinte manzanos. Doce árboles frutales de otras variedades. Estación del camino de fierro en L\*\*\* á seis millas. Administración de correos en S\*\*\* á una milla. Precio: cuatrocientos dollars, cien dollars al contado. Cuatro por ciento de interés sobre la diferencia . . . . ."

¡Qué drama de ruina rústica se entreve al través de estas humildes cifras y detrás del detalle del humilde inventario qué laboriosa y casi idílica existencia! Aun he encontrado condiciones análogas, muy lejos, en el Sur, entre los que sobrevivieron de aquellos colonos de raza blanca que no tenían esclavos y á quienes los negros llamaban por desprecio los *era-*

*kers*. Veo en mi imaginación, cuando escribo estas líneas, la imagen de una casa de madera perdida entre las selvas de terebintos que cubren la Georgia. La habitaba un anciano de setenta años con su hija, sus hijos y los hijos de sus hijos, niños pequeños con piernas musculosas como brazos y que corrían, con los pies desnudos, entre los caballos.

Estas gentes tenían la urbanidad orgullosa de las familias que no han conocido superiores y que no han tenido ni vanidades ni necesidades. El anciano recordaba haber oído contar que su bisabuelo era de Francia, de Bretaña, según creía. El nombre de Bené, perpetuado entre ellos, testificaba este lejano origen. Sus magníficos ojos claros, ojos de Celta, irradiaban la luz del honor. No había en su mesa nada que no fuese recogido en sus tierras y hecho con sus propias manos.

— "Tenemos de todo," me decían, "menos café y tabaco; tenemos también vino . . . ."

Y me trajeron, con el orgullo de Robinson al recibir al capitán español, un líquido de un rojo pálido, jarabe de uva endulzado con caña de azúcar y vertido, á falta de botella, en una cazuela de hoja de lata. Las vacas, las cabras, los cerdos paseaban en libertad en torno de la casa. Los fusiles, colgados en la entrada, lucían con el brillo de los útiles que se usan á menudo.

Creí tener delante de mí al trabajador primitivo, tal y cual abundaba hace cien años. Acontece con él lo que con los bisontes cuyo último rebaño se conserva cuidadosamente en el *Yellowstone-park*. Aquel ha desaparecido para ser reemplazado por el obrero de cultivo, el cual no es ya otra cosa que un instrumento en las manos de estos negociantes á quienes se encuentra arriba y abajo de este vasto país, en ac-

titud de amasarlo sin cesar y de reamasarlo. En la parte alta le dan su elegancia particular con el lujo de sus palacios, de sus quintas, de sus mujeres y de sus hijas. Abajo le distribuyen su pan con alistamiento de los obreros.

—“Afirmo,” decía días pasados uno de ellos, un orador de primer orden que tal vez llegaría á la presidencia si la democracia americana no se debatiese precisamente contra esta red plutocrática, el señor Chauncey Depew, “afirmo que un director de caminos de fierro hace un servicio enorme al pueblo. Tiene bajo su dependencia veinte mil hombres que representan por sus familias de cien mil á doscientas mil cabezas, y su bienestar no solamente físico sino mental, social y moral, casi depende en lo absoluto de él . . .”

Una empresa de carnicería como la de Armour en Chicago, por ejemplo, es el empleo en movimiento cotidiano de once mil dependientes. El general en jefe de este ejército de trabajadores es á mentado un hombre que á los veinte años vivía en un *lean to* . . . “apoyado cotra . . .” es decir, en una casucha de planchas de madera pegada á una roca ó á una pared maestra. No tiene más de cuarenta años y “vale” cinco millones de dollars. Unos años más y “valdrá” diez, “valdrá” quince, hasta que muera de una enfermedad del corazón en el camarote de un buque ó en su wagón privado, siendo suegro de un lord ó abuelo de jóvenes príncipes italianos; pero bendecido ó maldecido familiarmente bajo el diminutivo de Jin, de Tom ó de Billy, por sus obreros, según se haya sabido hacerse amar ó aborrecer.

He allí al personaje verdaderamente nuevo, imposible de encontrarse en otra parte y que es necesario figurarse del menor al mayor—pues la série es infi-

nita—para comprender verdaderamente lo más original de este extraño pueblo. Hay en la naturaleza vigorosa de esos banqueros un lado de génio técnico, que ningún observador, por más profundamente imaginativo que fuese, podría alcanzar.

Se me refiere que otro retratista—pues los americanos tienen la pasión, casi la manía del retrato ó del busto—fué encargado, el año pasado, de pintar á uno de los más célebres especuladores de Wall Street. Desesperado de conseguir de una sesión seria, tan trastornado así estaba el tiempo de su modelo, el pintor acabó por trasladarse al mismo despacho de este personaje á quien pintó en su asiento, teniendo en las manos la tira de papel que se desenrolla automáticamente y sobre la que se inscribe en segundo por segundo el curso de los valores.—Símbolo exacto de lo que nosotros, hombres de arte ó de pensamiento abstracto, llegamos á palpar cuando estudiamos á alguno de esos constructores de fortunas colosales! Vemos un gesto, una cara absorta, la tensión de una energía prodigiosa, y nada más. Lo que experimenta ese hombre que maneja el dinero, al mirar las cifras, la marcha particular de un espíritu de esta calidad en trabajo de combinación, la razón de por qué el uno triunfa y el otro encalla, son problemas que no tienen solución para nosotros.

Hace poco mencioné el nombre de M. Chauncey Depew. En la recopilación de sus discursos publicada este mismo año, hay una frase singular sobre el “génio inconstante” del primero de los Vanderbilt, del célebre Comodoro. Los pocos hechos que presenta el orador en apoyo, manifiestan tal superioridad, que no se piensa siquiera en admirarse de esa fuerza intelectual ha funcionado allí, tan notable co-

mo la que gana las batallas, gobierna los parlamentos, hace y deshace los tratados. Pero él comprende esta fuerza porque ha trabajado á lado de ella, bajo ella y con ella. Para nosotros que no tenemos ni podemos tener esta visión práctica, ese talento profesional que da en el dominio de lo indefinible y de lo impalpable.

Un solo recurso nos queda: mirar con atención la obra que esos banqueros producen, los adornos en que se despliega su actividad, las concepciones que ejecutan y al través de las ideas despertadas en nosotros por ese espectáculo, aventurar algunas hipótesis sobre la especie de naturaleza humana que, esta obra, esta decoración y estas concepciones suponen. Esta experiencia la he ensayado infinitas veces durante mi viaje y particularmente durante mi corta estancia en el Oeste, en Chicago, en San Pablo, en Minneapolis—al menos en lo que antes era el Oeste, pues de cinco en cinco años este borde de la civilización recula y se mira ya llegar la época en que las gentes del Colorado se ofendan porque no se les da el tratamiento de gentleman del Este!—Y por lo demás, qué importa esto? Este? Oeste? Solo son palabras. Lo que si es una realidad y prodigiosa, es el desenvolvimiento de las tres ciudades cuyos nombres acabo de inscribir y que no tienen en junto, y poniendo sus años de vida uno tras de otro, más de siglo y medio! Se piensa que detrás de este desmesurado crecimiento, detrás del paso casi inmediato del desierto á una ciudad de doscientos mil, de quinientos mil, de ochocientos mil habitantes, es siempre y únicamente la energía del hombre de negocios á la que se encuentra y se deja de tener en consideración las preocupaciones del letrado. Espero que de ellas no se encuentre sino muy pocas huellas en estos

cuantos croquis que arranco de mi diario y tampoco en las dos ó tres conclusiones psicológicas que los comentan.

... A Chicago, verlo una mañana de otoño y desde lo alto de la torre del Auditorium. Esta torre tiene doscientos setenta pies y corona dominandola, á una caótica, á una ciclópea construcción que junta un colosal á un teatro colosal. Es preciso, desde el siguiente día de la llegada, venir aquí, para recibir en toda su fuerza la impresión de la monstruosa ciudad—enteramente negra al borde de su lago enteramente azul.—Cuando el conductor del tren gritó ayer en la tarde el nombre de la estación donde debía bajar, una de esas formidables tempestades, como no se ven sino en América, asolaba todo el paisaje y desde la estación hasta el hotel no pude ver más que los perfiles de gigantescas construcciones, como suspendidas en el cielo siniestro listado de relámpagos, y al lado de ellas, pequeñísimas casas de madera, tan ligeras que se creería que la furia del viento dispersaría sus planchas por los cuatro ángulos de ese horizonte de tempestad.

En la mañana de hoy el cielo estaba esclarecido, con suave y tibia claridad, limpio de lluvia, lo que hace resaltar aun más el sombrío color de la ciudad que se refleja en el azul más oscuro del vasto Michigan, surcado por bajeles de vapor como la mar. Chicago se extiende hasta perderse de vista, con sus techos planos de donde se escapan humaredas—una innumerable cantidad de columnas de vapor de color gris blanquizo—Ascienden rectas, después se detienen, se esparcen en capiteles fluidos y acaban por reunirse como una cúpula arriba de las colosales avenidas. A los pocos instantes se acostumbran los ojos á la perspectiva de este paisaje extraño. Disciernen

las diferencias de altura entre estas plataformas. Las que solo están á seis pisos del suelo parecen pertenecer á cabañas. Las que están á dos pisos se confunden con ese suelo, en tanto que los *buildings*, de catorce, de quince, de veinte pisos se levantan como los islotes de las biclades vistos desde la montaña de Negrepoint.

Sube de esta ciudad un rumor inmenso que no se parece al ruido de ninguna otra. Las campanas de las locomotoras repican sin cesar cual si con anticipación doblasen los funerales de los que van á ser aplastados por ellas. Se las mira correr por todas partes, atravesando calles, costeano el lago, pasando el río, que arrastra una agua plomiza, sobre puentes color de hollín. Estos trenes se cruzan, se vuelven á cruzar, se persiguen y se adelantan. Se distingue un camino de fierro elevado, despues al lado de estos caminos de fierro en la misma calle otros trenes en las avenidas, compuestos de tres y cuatro coches, pero sin locomotora. Es el sistema de carros de cable. Cruzan sus vergas los navíos y se amontonan en el puerto.

Si, paisaje extraño que alcanza lo fantástico cuando se recuerda que esta Babel de la industria nació ayer de un pequeño fortín en frontera, el *Dearborn*. Sorprendían y mataban á su guarnición los indios en 1812. Cuántas gentes he conocido que vivían ya en esa fecha, y eso que aun no estoy muy alejado de mi juventud, y qué cercana está todavía esa época! En 1871, es decir, despues de la guerra Franco-Alemana se retorcián las llamas en este mismo lugar en que me encuentro ahora esta mañana clarísima. La fuerza devoradora irresistible de uno de los más formidables incendios que menciona la historia, caminaba transformando todo este llano en un brasero que, muchos días despues, humeaba aun:

—“En el lugar en que está esta torre que no existía aun entonces,” me dijo mi guía Chicaguense, refiriéndome la epopeya de la devastación “podía uno colocarse, apoyando los pies en la ceniza, y ver el lago á la derecha y el río á la izquierda sin una sola casa entre ellos. . . .”

Y miré á uno y á otro, al río y al lago despues de haber oido esta frase. Está más que cercano el mes de Octubre de 1871. Me parece que aun me toco con él, que en él estoy aún. Podría decir los libros que leía entonces, las páginas que escribía y volver á encontrar la distribución de casi todos mis días. Siento con una exactitud casi física la duración de los años desde esta fecha: veintidós años. Cuán pocas horas parecen ser! y por encima de la balastrada de la torre me inclino de nuevo sobre el mónstruo lleno de estupor por lo que han ejecutado estos hombres!

Estos hombres? La palabra es apenas justa aplicada á esta ciudad que descoucierta. Su aspecto cuando se la estudia más detalladamente revela tan poco la huella de voluntades individuales, son tan poco caprichosas y fantásticas sus calles y sus monumentos que parece ser obra de alguna potencia impersonal, irresistible, inconsciente, como una fuerza de la naturaleza á cuyo servicio solo ha sido el hombre un dócil instrumento.

Esta potencia es precisamente esa fiebre de negocios que aquí tiene toda su plenitud, con violencia desencadenada que es semejante á la de un elemento incontrastable. A través de estas calles circula esta potencia como en aquella vez la devoradora llama del incendio; allí palpita, allí se hace visible con tal intensidad que comunica á esta ciudad un carácter trágico y tengo para mí que algo poético.

Cuando se ha visto este inmenso volcán de indus-

tría y de comercio de lo alto de esta torre que lo domina, se desciende para mirar de cerca todos los detalles de ese surtidero, de ese brote de actividad. Se costean las avenidas de las calles que indican la improvisación; aquí adoquinadas, allá de asfalto, y más allá cubiertas simplemente con hileras de tablas que forman pasos sobre un pantano fangoso. La misma incoherencia que en la vía pública se encuentra en la incoherencia de las construcciones. En un momento dado, solo se miran alderredor los *buildings*. Escalan el cielo con sus diez y ocho y con sus veinte pisos. El arquitecto que los ha construido ó mejor dicho que los ha maquinado, ha renunciado á las columnatas, á las molduras, á la composición clásicas. Ha aceptado brutalmente la condición impuesta por el especulador: multiplicar tantas veces cuantas sea posible el valor del pedazo de terreno que les sirve de vase, multiplicando los *offices* superpuestos.

Se creería que este es problema capaz de interesar solamente á un ingeniero. Más no es así. La simple fuerza de la necesidad es un principio tal de belleza, y estas construcciones manifiestan con tal evidencia esta necesidad, que se experimenta singular emoción al contemplarlas. Esbozo de una nueva especie de arte, el arte de la democracia, hecho por la multitud y para la multitud, arte de ciencia en el que la certidumbre de las leyes naturales dá á la audacia, en apariencia más desenfadada, tranquilidades de figuras geométricas. Los porches de los basamentos, cimbrados frecuentemente, como aplastados bajo el peso de montaña que aguantan, toman fisonomías de antros primitivos. Una mar de gente entra por ellos y la vomita sin cesar. Se alzan los ojos y se adivina á esa multitud detrás de la alta hilera escalonada y vertical de las innumerables ventanas, yendo, vinién-

do, embarazando las oficinas que perforan estas masas de fierro y de ladrillo, precipitándose en el vértigo de los grandes elevadores. Se adivina, se siente temblar detrás de las vidrieras el ardiente soplo de la especulación. Ella es la que de este modo ha fecundado á millares de metros cuadrados para hacer brotar de ellos esta estupenda vegetación de palacios para negociaciones que os oculta al sol y casi al día.

Y luego, al lado del edificio desmesurado y babélico, se extiende un vago pedacito de terreno hirsuto, verdeando con un pasto muy pobre, donde paca una flaquísima vaca. Después, una serie de casuchas de madera apenas suficientes para una familia. En seguida una iglesia gótica, transformada en almacén, con un anuncio en grandes caracteres de metal. Más allá las ruinas rojas grandiosas de un edificio que se incendió hace una semana. Terrenos, cabañas, iglesias, ruinas, sobre todo ello pasará la especulación, mañana ó tal vez esta tarde y de ellas surgirán otros grandiosos *buildings*. Pero se requiere tiempo para todo y estas gentes no disponen de él. Hace dos años ya que en lugar de acabar su ciudad incompleta se entretienen en construir otra enteramente blanca más abajo, so pretexto de su exposición,—y es esta una ciudad soñada, con cúpulas como las de Rávena, con columnatas como las de Roma, con lagunas como las de Venecia, una feria del mundo como en París.

Y lo han conseguido, y es la más compuesta, la más cosmopolita de las misturas humanas que llena esos caminos de fierro sub-urbanos ó elevados, esos carros de cable, esos coches, esos carruajes, que ondulan sobre esas calzadas no concluidas aún y al pié de esas casas tan locamente disparatadas. Y como parece que en Chicago todas las cosas y todos los seres deben amplificarse, exagerarse, extremarse en vigor

—de trecho en trecho, en medio de esas calles se encuentran, para mantener el orden, policías de enormes espaldas, tan altos como granaderos pomeranios, gigantescos guardacantones humanos contra los que se rompe el remolino hirviente de esa multitud. Alemanes en su mayoría, sus rostros bermejos, que parecen haber sido tallados á golpes de hacha, desvastados apresuradamente, y sus cuellos de toro comentan palpablemente los diversos hechos cotidianos que mencionan sin cesar los diarios, los *hands up* ejecutados en las tabernas, en las casas de juego ó simplemente en los coches de los tranways.

—“Arriba las manos! . . .” es el grito clásico del ladrón del Oeste que entra con su revólver en la mano y que lo primero que procura es convencerse de que no tiene uno el suyo. ¿Cuántas ocasiones se habrá pronunciado en los arrabales de esta ciudad, que es la confluencia de los aventureros de ambos mundos? ¿Cuántas veces se pronunciará aún? Pero, el espíritu de aventuras es también el espíritu de empresa y si la elección de los policías de la admirable ciudad testifica la frecuencia de los golpes de mano aventurados por esos bandidos, también completa su fisonomía complexa y sin duda única desde que el mundo es mundo: este mosaico de extrema civilización y de casi de barbarie, esta existencia salvaje entrevista detrás de esta festinación de creación industrial. En fin, Chicago es un milagro capaz de confundir á los muertos de hace setenta años, si resucitasen y se viesen frente á esta ciudad, que por su población es hoy la novena del universo y que en sus tiempos no contaba con una sola casa.

. . . Uno de los más grandes comercios de esta ciudad es el de la carne. Las gentes de Chicago se ruborizan algo por ello. Antiguamente os hablaban de sus mataderos con la buena fé en el orgullo que es uno de los encantos de las advenedizos. Es la candidez natural propia de una potencia sencillísima que conoce su fuerza y que gusta de desplegarse ingenuamente. Están cansados de oirse apellidar, por sus detractores, los habitantes de *Porcópolis*. Se quejan de que su ciudad sea siempre “identificada,” como aquí se dice, con esta brutal carnicería, cuando en sus librerías posee uno de los más vastos depósitos de libros del mundo, cuando sus periódicos no dejan pasar, sin estudiarlo, ningún incidente de la literatura y del arte, cuando ha dado siete millones de dollars para fundar su universidad, cuando acaba de invitar á todos los representantes de todos los cultos al admirable Parlamento de las Religiones, fenómeno único en la historia del Idealismo humano! Aspira á no ser solamente la proveedora de carne que, el año pasado, por medio de una sola de sus casas, ha destazado y distribuido un millón setecientos cincuenta mil puercos, un millón ochenta mil bueyes y sei-cientos veinte mil carneros! La aplastan sus enemigos con semejantes cifras, desdeñando recordar que este Chicago de las casas de matanza es también el Chicago de la *White City*, el Chicago de un museo ya incomparable, el Chicago que dió á Lincoln á los Estados Unidos.

Pero para el extranjero que quiere darse cuenta del espíritu con que los americanos montan sus vastas empresas, estos mataderos son, en cambio documentos preciosos. Una empresa de matanzas capaz de expedir en doce meses á las cuatro extremidades de este inmenso continente, tres millones quinientos mil

animales, destrozados y preparados, merece la pena de ser considerada con atención. En todas partes el detalle técnico es difícilísimo de palpar. Aquí lo es menos, pues los directores de estas fábricas colosales de roastsbeefs y de jamones han comprendido que el mejor de los réclamos es admitir al público para ver directamente sus procedimientos y sus manipulaciones. Han convertido la visita á sus establecimientos, si no en atractiva—la repugnancia física es mucha—al menos sí en cómoda y completa. Bajo la condición de esforzar la tensión de los nervios una vez por todas, son estos unos de los lugares en donde mejor puede verse cómo el ingenio americano resuelve problemas de organización prodigiosamente complicada.

Me he portado como los turistas sin preocupaciones, he ido á visitar los *Stock Yards* y la más célebre de todas *Packing-Houses* ó establecimientos de empacadura—como se les llama—ó mejor de descuartización ó de destazación que allí funcionan, precisamente aquel de que acabo de citar los números de sus operaciones. Este paseo á través de esta casa de sangre quedará grabado en mi memoria como uno de los recuerdos más notables de mi viaje. A pesar de esto creo serle deudor de por su medió haber discernido mejor algunos de los rasgos que caracterizan un “negocio” americano. Si así fuese no tendré motivos para lamentarme de esta penosa prueba.

Para llegar á la *Union Stock Yards*, atraviesa el carruaje un inmenso cuartel de la ciudad—más incoherente aún que los que circundan á la elegante Michigan Avenue. Se detiene ante los rieles para

dejar el paso á trenes lanzados á todo vapor. Atraviesa por puentes que se levantan también para dar paso á los buques. Voltea delante de hoteles amueblados que son palacios y ante casas de obreros que son pocilgas. Costea largas porciones de terrenos en que los hortelanos cultivan coles entre detritus y otras que solo tienen anuncios.—Cómo pudiera yo resistirme al placer de transcribir aquí este anuncio entre los cien que aquí hay?

—“Luis XIV fué consagrado rey de Francia á la edad de cinco años (1643), la Pepsina X\*\*\* ha sido coronada por el éxito como un remedio contra la indigestión, un año ántes de haber sido conocida del público! . . .”

Después, el campo de los anuncios cede su lugar á otras casas, á otros caminos de fierro, bajo un cielo ennegrecido por las nubes ó por las humaredas, pues no se sabe bien, y á ambos lados del camino comienzan á aparecer los cercados, cerrados con palizadas, en donde están los bueyes encerrados por centenares. Entre estas palizadas hay abiertas callejuelas por las que van y vienen gentes de á caballo. Son los compradores de ganado que discuten los precios de venta con los *Cow Boys* llegados del Oeste.

Habéis leído cuentos de *Rancherías*. Esta existencia aventurera de los campos ha sorprendido vuestra imaginación. Veis á los héroes de ella, vestidos con malos sobretodos, con sombreros en forma de melón, con el cuello y los puños postizos de todos los americanos. Si no fuera por sus botas y por su fácil modo de manejar los caballos con las rodillas, los tomariais por empleados. Es una prueba más, después de muchas otras, del desdén que este pueblo realista profesa á lo pintoresco de los vestidos. La impresión que tuve en el parque de Nueva York, desde el pri-

mer día, de una inmensa casa de confección en marcha, yendo y viniendo, no ha cesado de imponérseme. Y sin embargo, nada menos "común," en el mal sentido de la frase, que los americanos en general y en particular esos *Cow Boys* del Oeste. Sus cuerpos son muy nerviosos y se ven muy delgados bajo los trajes hechos y baratos. Sus fisonomías sobretodo muy serias y muy fatigadas revelan mucha decisión y mucha amargura.

El carruaje se ha detenido delante de una construcción que, por su apariencia maciza y neutra, se asemeja á todas las manufactureras. Los amigos á quienes acompaño y yo, entramos á un patio, especie de intestino atascado de cajones, de carretas y de gentes. Un camino de fierro minúsculo atraviesa este patio. Conduce cajas á un tren que espera sobre sus rieles campuesto en su totalidad de wagones refrigeradores, como tantos que he cruzado al venir á Chicago. Unos obreros descargan estas cajas. Otros van y vienen, visiblemente ocupados en tareas diferentes. Nada hay que haga sentir el orden administrativo, tal cual nosotros lo concebimos, en esta administración, á pesar de ello tan bien ordenada. Un ingeniero nos ha hecho subir una escalera y entramos á una sala inmensa en la que flota un vapor de estufa mezclada á un olor acre y fuerte que nos penetró hasta la garganta. Estamos en el departamento reservado para destazar á los puercos.

Trabajan allí centenares de hombres, á los que no tenemos siquiera tiempo de ver. Nuestro guía nos grita que nos apartemos y pasan delante de nosotros hiladas de cerdos con los vientres abiertos, con las patas traseras amarradas á una varilla corrediza, deslizándose y rodando por ella, y en dirección á una vóveda en la que innumerables hileras de animales

semejantes los esperan. Las carnes rosadas, frescas por la vida que no hace un momento los animaba aún, brillan bajo la luz de la electricidad que ilumina estas profundidades. Adelantamos, evitando lo mejor que podemos esos encuentros desagradables, para llegar, con los pies hundidos en una especie de fango sanguinolento, hasta la plataforma desde la que podremos ver el punto de partida de todo ese trabajo que nos parece hasta ahora tan confuso y que luego va á hacérsenos tan sencillo y tan fácilmente inteligible.

Allí están los cerdos, en una estancia semejante á una fosa, pero vivos, bulliciosos y gritones cual si vieses la visión de la horrible máquina que les espera y de la cual no pueden escapar, como no puede hacerlo un condenado que tiene el cuello puesto en la guillotina. Es una especie de garabato móvil que baja un hombre y que agarra á uno de estos animales de una cuerda que todos tienen amarrada en las patas traseras. El animal aulla, trae la cabeza colgando, el hocico abierto y contraído y sus dos cortas manos, agitadas con movimientos espasmódicos. Pero ya el garabato lanzado sobre la varilla ha resbalado y llevándose su miserable presa hasta el departamento contiguo, en donde un hombre, armado con un largo cuchillo, lo degüella al paso con un solo golpe, tan certero y tan profundo que no tiene necesidad de repetirlo. El animal lanza un aullido más terrible. Brota un chorro de sangre, tan grueso como el brazo y enteramente negro. El hocico se estremece más dolorosamente, las manos pequeñísimas tiemblan con frenesí mayor y el espasmo de esta agonía sirve solo para acelerar el movimiento del garabato que sigue deslizándose hasta el tercer matancero.

Este con rápido ademán desprende al cerdo. El

garabato asciende y el cuerpo se hunde en una especie de caldera inmensa llena de agua hirviente. Un rastrillo mecánico se mueve con febril movimiento vibratorio. En pocos minutos atrapa al animal, le vuelve, le revuelve, le vuelve á echar la uña y arroja el cadáver escaldado á otra máquina, la que en algunos segundos lo rasura de la cruz á la cola. Un minuto más y baja un segundo garabato y una nueva varilla conduce lo que fué, hace cuatro minutos, un animal vivo y paciente, hacia el lado de esa vóveda desde donde distinguí, desde mi entrada, tantos despojos semejantes. Y se le llega el turno á otro ser degollado, rasurado y despachado. Es la operación tan fulminante en su rapidez que no hay tiempo para sentir lo que encierra de atroz. No hay tiempo para lamentarla, no hay espacio para admirarse de la satisfacción con la que el jifero, gigante bermejo, de amplios hombros capaces de aguantar un buey, prosigue su espantoso oficio.

Y á pesar de todo, la vida, aun bajo sus formas más inferiores, tiene algo de tan misterioso, la muerte y el sufrimiento mismo de una criatura del orden más humilde, tienen algo de tan trágico cuando en vez de figurárselos indiferentemente se les contempla así frente por frente, que todos los espectadores y que son en gran número, dejan de reírse y de bromear. Y como, si durante algunos minutos, el espíritu de Thomas Graindorge, del filósofo mercader de cerdos salados y de aceite, que tan caro es para mi maestro Taine, hubiese pasado á mí, me sentí invadido ante esta escena vulgar de casa de matanza por una tristeza irracional, muy corta pero muy intensa. Se me figuró de súbito que tenía ante mí, encarnada en un símbolo abyecto, la propia vida y toda la obra de la naturaleza. Lo que tantas veces había

pensado de la muerte, como que se concretaba á mis ojos, en la presión irresistible de ese garabato levantando los animales, como la inevitable potencia de destrucción que rige al mundo y que debe arrojarnos á todos, á los sábios, á los héroes, á los artistas como á esos desgraciados brutos inconscientes. Los veía apretarse, moverse, gemir, sucediéndose sus agonías tal y como las nuestras se suceden,—solo que con mayor rapidez,—pero en tan corto espacio que sentado que el tiempo camina tan de prisa, todo lo que debe acabar es igualmente corto! Y la mirada con que contemplábamos este cuadro siniestro, mis compañeros y yo, no era diferente de aquella con que contemplaremos un día nuestra propia entrada á las grandes tinieblas; en efecto, como un cuadro, como una cosa exterior y cuya realidad en el fondo, no interesa sino al sér que la sufre! . . . . .

✓ Pasamos al departamento destinado á los bueyes. Aquí es diferente la agonía. Nada de gritos, casi nada de sangre. No hay espera nerviosa del animal. Y sin embargo la escena es aun más trágica. Los animales están encerrados de dos en dos, en compartimentos parecidos, menos en el pesebre, á las de una caballeriza. Se les ve, con su inteligencia y con su mansedumbre, ensayar el acomodarse á tan estrecho espacio. Y miran con sus grandes ojos; y, ¿qué miran? Al jifero, que está en pié, en un pasillo abierto encima de ellos. Este hombre tiene en la mano una puntilla de acero, muy delgada. Espera á que el animal esté bien puesto. Se le vé, con la punta de esta puntilla y con suavidad, conducir al animal acariciándolo. Derrepente se levanta esta maza. Caen y hieren en la frente al buey que cae.

Dentro de un minuto lo habrá levantado un garabato, con la boca y las narices goteando sangre,

sus anchas pupilas vidriosas anegadas de sombra y en un minuto más otro hombre lo habrá despojado de la piel delantera que le servirá como de un mandil para henderlo en seguida, vaciarlo y despacharlo, siempre por el expedito procedimiento de la varilla corredera á cuartos del hielo.

Y esperan miles de esta manera, á que llegue la hora de ser llevados y colgados de igual modo en otras cámaras refrigeradoras, pero que son rodantes y que esperan que van á partir ya. Veo cerrarse así el último wagón de un tren que se mueve, La locomotora silba y sopla. La campana repica. ¿Sobre cuál tabla de Nueva York ó de Boston, de Filadelfia ó de Savannah va á venderse esta carne, engrosada á costa de los pastos de todas las praderas, en qué distrito, de qué Estado del Oeste y preparada aquí de una manera que el carnicero no tenga necesidad sino de dividir los pedazos? Llegarán tan frescos, tan intactos como si no hubiera miles y miles de kilómetros entre el punto del nacimiento y el de la muerte, y el del destazamiento de la obscura y pacífica bestia.

Si en estas oficinas de alimentos solo hubiera que ver escenas de matanza, no valdrían la pena de afrontar tantas decepciones para venir á verificar aquí, en una de sus aplicaciones inferiores, lo que el filósofo Huxley llama, en alguna parte, magníficamente: *The gladiatorial theory of existence*, la dura ley de la muerte necesaria á la vida. Pero es solo una primera impresión que se tiene que sufrir, para pasar á una segunda: la de la rapidez y el ingenio con las que se realiza, primero el destazamiento, luego el empaque de esta cantidad prodigiosa de carne que no consiente espera. No recuerdo quien dijo, en broma, que entraba un cerdo al matadero de Chicago y

que al cuarto de hora salía convertido en jamón, en salchichón, en salchichas, en tuétano y en forro de Biblias. Es una exageración humorística, pero que apenas hace realzar el trabajo activo y minucioso que hemos visto ejecutarse en los animales matados hace un momento delante de nosotros, y la distribución de ese trabajo, su precisión, su sencillez, su continuidad no interrumpida nos hacen olvidar la ferocidad, útil pero intolerable, de las escenas que acabamos de presenciar.

En la inmensa sala se suceden una serie de mostradores, colocados sin mucho orden unos á lado de otros y en los que cada miembro del animal es desprendido y utilizado, sin que un solo tendón ó un solo hueso se desperdicie. Aquí un hombre con un golpe violento, automático y que jamás vacila, desprende primero los jamones, después las patas, en el tiempo preciso para arrojarlos en calderas que los cuecen y los ahuman en presencia vuestra. Más lejos, una hacha, movida mecánicamente, está dispuesta para picar la carne para las salchichas que sale por tubos de diversos diámetros, arrollada y dispuesta para ser introducida en pellejos lavados y preparados con este objeto. La palabra "ojo" que veo escrita en alemán sobre una caja: "*Kuoblanch!*" y la inscripción que la acompaña me transportan á los tiempos de la guerra franco-alemana, en los que cada soldado prusiano llevaba en su saco provisiones semejantes y salidas de aquí.—Mucho más allá de Nueva York van á ser expendidos estos productos de la industria chicaguense!—Más allá la cabeza y el cuello se limpian y se preparan para dejarlas tal y como deben figurar en los aparadores de las carnicerías de América y de Europa. Más lejos se llenan enormes recipientes con la grasa que mana,

que brota, y que mezclada con arte á algunas partículas de crema, va á transformarse en margarina y á depurarse en un batidor mecánico cuya diestra sencillez admiramos.

—“Un obrero es quien lo ha inventado,” nos dice nuestro guía. “Por lo demás, todas las máquinas que aquí funcionan han sido encontradas ó mejoradas por los obreros. . . .”

Esta frase ilumina este vasto obrador. Comprendemos lo que piden á la máquina estas gentes que, para ellos, prolonga, multiplica, completa el ademán del hombre. Una vez más, sentimos cuán refinados están en sus procedimientos de trabajo, cuánto sobresalen al mezclar á su esfuerzo personal las complicaciones de la mecánica, y cuánto poder de iniciativa de visión directa y de concordancia tiene la menor de ellas!

Una vez que volvimos á subir á nuestro carruaje y cuando éste rodó otra vez sobre el desigual pavimento de madera formado con trozos redondos de árboles enterrados en el cieno, razonamos sobre lo que acabábamos de ver. Ensayamos desprender su significación intelectual, si es que puede uno servirse de esta palabra con respecto á semejante empresa. Y, ¿por qué no? Nos pusimos de acuerdo en que esta empresa tiene por principal característica la amplitud ó mejor aún, la enormidad de la concepción. Para que en unos cuantos años, un establecimiento como éste haya hecho subir el presupuesto de sus empleados á cinco millones quinientos mil dollars, es decir, á más de veintisiete millones de francos, ha sido necesario que sus fundadores hayan percibido netamente las posibilidades de una formidable extensión en sus negocios y que hayan determinado, precisado, palpado con no menor exactitud los datos prácticos.

Una colosal germinación de imaginación por una parte, y por la otra una interpretación ingenua puesta á su servicio, positiva y calculada, de la realidad ambiente, he allí las dos marcas, impresas en todas partes en la fábrica sin análogo que acabamos de visitar. Uno de nosotros subraya este otro rasgo; que el principal de estos datos es el camino de fierro y nos recuerda que la locomotora ha sido siempre, en manos de los americanos, una especie de utensilio propio para todos los usos. Por su medio han revolucionado el arte militar y creado entera la guerra moderna, tal y como debían practicarla los alemanes á nuestras expensas. En la gran lucha nacional de 1860, fueron los primeros que mostraron el partido que se podía sacar de los nuevos medios de trasborde. La longitud de sus trenes, durante este período, se ha hecho legendaria. En el fondo, el establecimiento con respecto del cual discutimos, no es sino un caso particular de ese universal empleo del camino de fierro, el que á su vez no es sino un caso particular también de ese giro esencialmente americano; el empleo constante del medio nuevo.

La absoluta ausencia de la rutina, la costumbre cotidiana de dejar obrar al hecho casi por sí mismo, de seguirlo hasta el fin sin tener nunca miedo; tales son los otros caracteres que se ligan á los anteriores y ese sentido agudo del hecho explica asimismo la especie de incoherencia exterior que hemos notado á primera vista en la distribución del trabajo. La extrema precisión en el orden administrativo se deriva siempre de una teoría concebida *a priori*. Todas las sociedades y todas las empresas en que domina el realismo más que el sistema, están construidas por yuxtaposición, por series de hechos aceptados á medida que se han producido. Pero, ¿cómo sería posi-

ble que las gentes de aquí tuviesen tiempo bastante para entregarse á las hermosas finezas de ese orden administrativo que tanto aman los pueblos latinos? La concurrencia es muy fuerte, casi ferocísima. Detrás de todas las empresas de este país, aun las mejor asentadas como ésta, hay algo de la batalla y de su anhelante audacia.

Nuestro guía que nos hoye filosofar, sin que al parecer desapruébe lo que decimos, nos refiere que este mismo año y para ponerse á salvo de una coalición de especuladores de semillas, que nos detalla, el propietario de la casa de donde salimos, tuvo que levantar para depositar su propio trigo, una construcción de trescientos piés cuadrados de superficie por cien de altura, en diez y nueve días!

—“Sí, en diez y nueve días, y se trabajó en el día y en la noche,” nos decía riendo, “pero nosotros los americanos nos morimos por el *Hard Work*.”

Y con esta frase, casi intraducible cuando no se ha oído pronunciar aquí, termina nuestra visita. La resume y la completa con un laconismo digo de estas gentes de mucha acción y de pocas palabras.

Visité detalladamente el edificio de uno de los primeros diarios de Chicago, á la hora que se imprimía el número del domingo; una edición pequeña de veinticuatro páginas. Ví en Nueva York, también un sábado en la tarde, componer un número parecido al del *Herald*, que tiene cuarenta páginas y grabados. Se trataba de mandar por todos los trenes de la mañana ciento cincuenta mil ejemplares. Cuando la venta sube á semejantes cifras, el diario no es tan solo una máquina que maneja la opinión con una

potencia incalculable en un país democrático, sí que también una negociación que se tiene que organizar y que es de complicación enojosísima. Precisamente á causa de que esta negociación difiere totalmente de la que procuré comprender antes de ayer, verificaré con mayor certidumbre si los caracteres generales que creí notar, reaparecen en toda empresa americana. Haré esta comprobación con mayor facilidad aquí que en Nueva York, puesto que el tiro de los periódicos es un poco menor y su expedición más cómoda para poderse seguir.

No he dado aun quinientos pasos en estas oficinas, cuando desde luego he notado el juego simultáneo de las dos tendencias del espíritu que me parecieron tan características el otro día: la enorme amplitud de la concepción y el empleo constante minucioso, sin cesar alerta, del medio nuevo. No es nada más á tal ó cual lector á quien se propone atraer el periodista americano, es sí á todos los lectores. No se propone únicamente publicar tal ó cual clase de artículos, sino que se dedica á todo género de artículos. Su sueño sería hacer del periódico el molde completo de la realidad, algo como un mapa en relieve que fuese un esbozo, no tan solo del día, sino de la hora, del minuto, tan universal y tan completo que al día siguiente, cien mil, doscientos mil, un millón de personas tuvieran ante sí, en el desayuno, el cuadro sumario de toda su ciudad en primer lugar, después el de su Estado, luego el de todos los Estados de la Confederación, en seguida el de Europa, el de la Asia, el de la Africa y el de la Australia. Pero esta ambición no satisface, quiere que estos cien mil, que estos doscientos mil, que este millón de lectores encuentren en su hoja favorita elementos con que responder á todas las cuestiones, que en cualquier orden puedan

formularse, sobre política ó sobre finanzas, en religión ó en artes, ya en literatura, ya sobre *sports*, ya sobre sociedad, ya sobre ciencias. Una enciclopedia cotidiana, ajustada al momento que pasa y que es el instante que pasó ya.

El designio de este colosal proyecto se ve por todos lados en esta oficina en la que el diario está en su propia casa, naturalmente y de todas maneras. Es necesario que sus obreros y sus redactores puedan comer á todas horas y sin necesidad de salir. Tienen para ello su cantina y su fonda. Es preciso que la impresión de los grabados, de los que tan amantes son los americanos, no se demore. El periódico tiene su fundición, una verdadera fábrica donde hierve el plomo en las cubetas. Se requiere que hasta el último momento se recojan las noticias y las novedades como agua en el desierto, sin perder una gota. Por todas partes está provisto el periódico de aparatos telegráficos y telefónicos que le permiten comunicarse directamente con el mundo entero.

En la época de la última elección presidencial, se encontraba aquí una reunión de partidarios de M. Cleveland, en una sala de redacción que me enseñaron, y platicaban con el candidato que estaba en Nueva York, recibían sus instrucciones y le comunicaban reseñas. Y qué prensas! Capaces de ejecutar tareas que hubieran requerido hace treinta años, una dotación de muchos centenares de hombres! En el día dos obreros son suficientes.

Volví á ver una cuyo modelo había visto en mayor escala en el *New-York Herald*, y de la que se dijo que imprimía setenta mil ejemplares en dos horas. Está en activo trabajo la enorme máquina cuando me acerco á ella. Su rugido es tal que no se percibe á su lado ningún sonido de voz humana. Es un

ruido semejante al rumor de la cascada del Niágara y la banda colosal de papel que se desenrolla, que corre para entrar á esta máquina, se parece en efecto á la agua que huye ó á un metal en fusión que remolinea. Se ve una blancura que pasa, que se tuerce, se ven piezas de acero que maniobran sobre ella en número incontable, y en el otro extremo algo como una boca que vomita diez y seis páginas del diario dispuestas á partir. La máquina ha tomado la hoja, la ha vuelto y revuelto, la ha impreso sobre el blanco y sobre la vuelta, la ha cortado, después la ha doblado y he aquí una parte completa del número que un niño alza en unión de otras partes sin mucho apresurarse.

Frente á esta formidable bestia impresora—este es el único término que le conviene—experimento de nuevo, como en Nueva York, la sensación de un poder que sobrepuja al individuo. Esta prensa es un multiplicador de pensamientos, cuya extensión no puede ser medida por ningún cálculo humano. Existe un contraste singular entre la extrema precisión de sus órganos, delicados y arreglados como los de un reloj y esa extensión indefinida de proyección moral que los americanos aceptan, como aceptan todos los hechos, Entre ellos, la amplitud llama á la amplitud por una progresión que es fácil seguir en el periodismo: una vez concebida la idea de un periódico de enorme tiro, inventaron máquinas para dar á basto á ese tiro, y como estas máquinas les parecieron capaces para ejecutar un tiro mayor aún, creció paralelamente su concepción de la publicidad. No cabe duda que en un término menor de veinte años encontrarán el medio de tener gacetas cuya venta sea de quinientos mil ejemplares por día, como nuestro *Petit Journal*; solo que los suyos tendrán diez y seis,